

la dependencia”, teoría a la que se recurre frecuentemente para explicar dichas relaciones. Sin embargo, es criticable el hecho de que el autor sólo se remita a fuentes y bibliografía de referencia norteamericana, pues es evidente que revisa e incluye exclusivamente el punto de vista de los estadounidenses.

Parece, según su exposición, que el proceso de representación que los Estados Unidos construyó sobre Sudamérica solo se sustentó a partir de las acciones que los norteamericanos quisieron aplicar, hecho que relegó a un papel pasivo aquello que los sudamericanos y sus élites querían mostrar ante el mundo y, en este caso, ante el imperio.

En el texto del profesor Salvatore se encuentran dos aspectos criticables. En primer lugar, aunque es innegable que los Estados Unidos ejercieron una hegemonía cultural y económica en Sudamérica, el autor obvia que en toda relación de dominación la parte que es sometida acepta los términos de ese poder. En segundo lugar, la omisión de un análisis acerca del porqué los estadounidenses optaron por la intervención cultural en Sudamérica y no por las intervenciones directas militares y políticas, como ya lo habían hecho en Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana y otros lugares de Centroamérica y el Caribe. Se puede inferir que esta notable falla se debe a que el autor no se remite ni hace referencia a fuentes diplomáticas sobre las relaciones exteriores de Estados Unidos, y a que soslaya el contexto del proceso político desarrollado desde mediados del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, pues fue en este siglo cuando la política estadounidense creó, reformó, actualizó y reconfiguró constantemente sus intereses en el hemisferio.

FREDY ENRIQUE MARTÍNEZ PÉREZ

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

femartinezp@unal.edu.co

Víctor Zuluaga Gómez.

Territorio, religión y guerra: Cauca y Antioquia, 1850-1870.

Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2009. 179 páginas.

El enviado de Lucifer

El maestro Víctor Zuluaga ofrece a los lectores colombianos una obra que abre fronteras en el conocimiento de la historia regional del Antiguo Caldas. Con anterioridad, sus escritos sobre la nueva historia de Pereira habían dado lugar al derrumbe de los mitos tejidos sobre la fundación de la ciudad; lo cual ha motivado incluso un revisionismo histórico en el área para tratar de escribir la historia real de los procesos de poblamiento de la zona cafetera de Occidente. En este libro, con base en pesquisas profundas en los archivos regionales, el autor consolida sus textos anteriores y dilucida de una vez por todas las polémicas

alrededor del tema, presenta los documentos históricos necesarios para dar a conocer la realidad de la fundación y los procesos de colonización alrededor de la urbe. Demuestra que Francisco Pereira, en cuyo honor se dio nombre a la ciudad, no fue más que un terrateniente que trató de apropiarse y donar terrenos ajenos con el fin de valorizar sus propiedades adyacentes al área urbana.

Además de volver sobre la anterior temática, el historiador estudia las tensiones en el área próxima al límite entre los estados de Antioquia y el Cauca en la segunda mitad del siglo XIX, con un énfasis particular en los sucesos armados entre los años de 1859-1862, que llevaron al general Tomás Cipriano de Mosquera al poder. Por primera y única vez en la historia de Colombia una insurrección llegó al solio de Bolívar a partir de las armas. De hecho, para la época, Mosquera no solo ostentaba el poder en el estado del Cauca, sino que las constelaciones políticas del momento auguraban que llegaría a la presidencia de la Confederación, ante lo cual sus rivales decidieron cambiar las reglas de juego y desataron así la guerra civil. La contienda se inició con firmeza en la Costa Atlántica a partir del levantamiento de Juan José Nieto en 1859; se vivió con intensidad en la región del Antiguo Caldas, lugar en donde tuvieron ocurrencia buena parte de los sucesos bélicos, aunque la guerra habría de definirse con la toma de Bogotá por parte de las fuerzas rebeldes dirigidas por Mosquera.

En la obra de Víctor Zuluaga se estudian los grandes temas que permiten dar cuenta de la vida regional, al examinar los acontecimientos bélicos de la guerra de 1859-1862: los problemas de la colonización y las dinámicas de los poderes hierocrático y político. El autor teje el hilo narrativo a partir de la biografía de uno de los pocos generales negros de nuestra historia, Manuel María Victoria. Héroe desconocido para la historiografía tradicional que al no dar espacio a quienes se echaron sobre sus hombros las luchas populares, se presenta como una historia banal dedicada a recrear las leyendas tejidas por las élites. Afortunadamente, dicha visión unilateral ha cambiado y actualmente algunos historiadores regionales están sacando del olvido a los héroes injustamente olvidados, protagonistas de levantamientos sociales y adalides en los campos de batalla. Manuel María Victoria representa las clases subalternas, sus luchas y aspiraciones. La guerra es considerada, de esta manera, una esfera en donde también se recreaban los mundos populares. Indígenas, negros y colonos fueron parte sustantiva de los enfrentamientos bélicos y definieron el rumbo de los acontecimientos en diversas oportunidades.

Víctor Zuluaga toma como eje central de sus argumentaciones la tensión entre política y religión. Muestra al lector la forma como dicha relación problemática se despliega en la sociedad de Occidente y el modo de reflejarse en nuestras guerras civiles del siglo XIX. Su énfasis en la función de la masonería posibilita dilucidar uno de los dilemas medulares de la historiografía colombiana: el papel de la iglesia católica en nuestras luchas políticas y el papel de quienes se propusieron llevar a la república por caminos diferentes a los del Medioevo europeo.

[231]

[232]

El autor socava la tradición construida en las nuevas historias culturales sobre la existencia de guerras religiosas durante el siglo XIX en el espacio de la nación. Diversos historiadores han tratado de mostrar las guerras civiles del siglo XIX como luchas religiosas; se afirma que era en el mundo de las iglesias y conventos donde se generaban los desafíos armados, que respondían a conflictos surgidos de polémicas confesionales. Nos encontramos, por consiguiente, frente a una historiografía que se deja confundir por las apariencias que surgen del hecho de que en muchas partes del país los curas llevaron a sus rebaños a los campos de batalla, como lo registra Víctor Zuluaga para el caso de Sopó: en el pequeño pueblo de Sopó el cura Trinidad Eusebio Barrero incendió los ánimos de los feligreses contra Mosquera, a quien llamaba “el enviado de Lucifer”. Cuando una guerrilla organizada en Guasca hizo un pronunciamiento contra el gobierno, el cura en mención marchó con los ejércitos conservadores (p. 102). Pero el dios de los ejércitos no se hizo presente en esta y otras ocasiones. En general, las huestes de los dios debieron morder el polvo entre 1858 y 1885.

De estos hechos no se puede deducir a la ligera la existencia de guerras religiosas, pues, como muestra el texto reseñado, en realidad lo que existía era las fricciones propias entre las corrientes que secularizaron la política y la sociedad. Más que a “guerras santas” se asiste al desafío propio de aquellos adelantados que mirando hacia los espejos de la Europa de las revoluciones burguesas, alzaban su voz para indicar a la República el camino hacia la instauración de la modernidad.

En consecuencia, se puede indicar que Colombia entre 1858 y 1885 vivió una especie de Siglo de las Luces, cuando la masonería y sus conmlitones en el Partido Liberal se erigen como portadores de la Ilustración y las vanguardias del cambio, y lo que fue único e irrepitable en la historia de la República: alcanzaron el poder y dominaron el mundo económico de la época. Procedentes de otras regiones del país llegarían a Bogotá líderes políticos y comerciantes como Manuel Murillo Toro, Manuel Ancízar y Florentino González, quienes lograron consolidar con los masones antioqueños una sólida fraternidad, pues al constituir la élite política y económica, dominaron el comercio bogotano; fueron prestamistas del gobierno, gestionaron los primeros empréstitos extranjeros, realizaron toda suerte de contratos con el Estado y obtuvieron de este importantes privilegios (p. 26). Al grupo de los masones pertenecieron Francisco de Paula Santander, Pedro Murgueitio, José María Obando, José María Melo y Tomás Cipriano de Mosquera (p. 27).

Los voceros de esta “Ilustración tardía” habrían de chocar necesariamente con la Iglesia católica, la cual contaba aproximadamente con cuatro siglos de dominio y había alcanzado a consolidar un poder material y espiritual que llevó a que los curas se convirtieran en “siervos de dios y amos de indios”, de

acuerdo con la expresión afortunada de Víctor Daniel Bonilla.^{*} Víctor Zuluaga esclarece la relación clero-tierra- crédito; y los mecanismos mediante los cuales la Iglesia se convirtió en el mayor poder material de la sociedad colombiana durante el siglo XIX: las dotes, los Derechos de Estola, el Quinto, la Capellanía y el Censo. Vectores usualmente dejados al margen por la historiografía colombiana.

Para los adelantados de la época existía la necesidad de romper las sólidas barreras de la sociedad colonial, sobrevivientes a los procesos de la Independencia. Parapetos mantenidos gracias al privilegiado *statu quo* de la Iglesia Católica, bajo cuyo manto se encontraban vitaliciamente los colombianos durante las 24 horas del día. Las tendencias que buscaban el cambio eran semiclandestinas y se encontraban agrupadas en un conjunto de sectas masónicas que sostenían una lucha permanente y velada contra las corrientes clericales. Como indica el autor, estas fricciones coadyuvarían a la generación de los conflictos armados, sin que se pueda establecer una relación de causalidad directa entre ellas y las guerras civiles. Los sacerdotes que salían a los campos de batalla de la guerra o a la política lo hacían motivados, no por los desafíos de nuevas confesiones religiosas, sino por mantener sus privilegios económicos y atender los retos de las corrientes que buscaban desencantar la sociedad y se atrevían a tocar sus intereses materiales y espirituales, a partir de políticas como la desamortización de bienes de manos muertas, la tuición de cultos y la instauración de algunas escuelas laicas. La herejía de borrar el nombre de dios, como lo hizo la Constitución de 1863, no se volvería a presentar en el país; y por primera y única vez, fuimos contemporáneos constitucionales de los Estados modernos. La historia comparada muestra que los constituyentes de 1991 no fueron, por tanto, más que tibios y asustados reformadores, inanes ante la oportunidad histórica de enderezar el rumbo de una nación subyugada a la tutela de dios.

Víctor Zuluaga resuelve entonces un obstáculo epistemológico de la historiografía colombiana, lo cual hará que otra vez nos interese en la historia social y económica de la República y sus regiones, y en barajar la relación entre el mundo de la religión y el de la política. Es destacable el trabajo del autor en los archivos regionales y el Archivo General de la Nación, la rica ilustración gráfica que acompaña el texto, y la constante preocupación por la relación necesaria entre mundo, nación y región; historia y realidad.

MIGUEL ANTONIO BORJA ALARCÓN

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

miguelborja@rocketmail.com

[233]

* Víctor Daniel Bonilla, *Siervos de Dios y amos de los indios. El Estado y la Misión Capuchina en el Putumayo* (Bogotá: Tercer Mundo, 1968).